

# ¿Transgredir las fronteras de la crítica?

## Un análisis de Imposturas intelectuales

Patricia A. Malone

En 1996 el físico Alan Sokal envió un artículo a la revista americana *Social Text*, en el que postulaba una pretendida crítica a los presupuestos científicos de las ciencias duras, a la vez que insistía en la necesidad de construir, —en una paráfrasis textual— una ciencia más liberadora, a partir de la interdisciplinariedad y la legitimación de otros discursos hasta allí considerados no canónicos en el campo de esos saberes.

Luego vino la aclaración, y con ella la polémica: «Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica», era un texto paródico. Su objetivo central era desmitificar la estrategia lingüística del post-estructuralismo y de la llamada «ciencia posmoderna», que tras una profusa retórica ocultaba el desconocimiento de los temas abordados o la injustificada extrapolación conceptual de un campo epistemológico a otro. La experiencia de Sokal generó *Imposturas intelectuales* (1998), un libro escrito en colaboración con su colega Jean Bricmont; el texto explicaba la broma junto a sus razones ideológicas, y la repercusión de tal parodia en los ámbitos intelectual y científico<sup>1</sup>.

El trabajo se propone analizar algunas estrategias discursivas de Sokal- Bricmont, y las implicancias que este debate político e ideológico podría tener para las humanidades en el contexto de países no centrales.

1. *Imposturas intelectuales* es, como ya se ha señalado, el hipertexto en clave no paródica del artículo publicado por la revista de Estudios Culturales *Social text*. En este libro, Sokal y Bricmont desmitifican, por ejemplo, la matemática de Lacan, particularmente sus aplicaciones de la topología<sup>2</sup>; también la teoría de los fluidos y de los sólidos que Luce Irigaray adapta para argumentar, por mera analogía, una visión machista de la ciencia<sup>3</sup>; la utilización por parte de Jean Baudrillard del concepto de espacio *no euclidiano*, para inferir una relación entre las trayectorias curvas y la irrupción de las guerras modernas<sup>4</sup>; o la confusión de Bruno Latour entre una supuesta posición del enunciador, que le haría falta introducir a Einstein en su teoría de la relatividad, con una estrategia ficcional

<sup>1</sup> En el «Prefacio a la edición castellana», los autores del texto señalan: «El presente libro se ocupa de la mistificación, del lenguaje deliberadamente oscuro, la confusión de ideas y el mal uso de conceptos científicos». (1999: 15).

<sup>2</sup> «El interés de Lacan por las matemáticas se centra principalmente en la topología, rama que estudia (entre otras cosas) las propiedades de los objetos geométricos -superficies, sólidos, etc.- que permanecen inmutables cuando el objeto se deforma sin romperse ni desgarrarse» (35).

<sup>3</sup> Irigaray lo hace basándose en la preeminencia del estudio de los sólidos por sobre los fluidos, interpretados aquí por ella como metonimia del hombre y la mujer, respectivamente. (113-128).

<sup>4</sup> Los conflictos bélicos actuales romperían, siempre según Baudrillard, el espacio lineal y euclidiano de la historia. (151-156).

que el físico empleara con fines pedagógicos y sólo a fin de ser comprendido mejor en sus exposiciones<sup>5</sup>. También abordan las imposturas de otros autores, como Paul Virilio (169-174), Julia Kristeva (53-62), Bergson (181-199), Deleuze y Guattari (157-168), pero no interesa tanto aquí extenderse en la deconstrucción minuciosa de estas tesis, como en el propósito que la dupla de físico-matemáticos manifiesta tener al hacerlo. La finalidad es, según ellos, desenmascarar el artilugio retórico del posmodernismo, que pretende ocultar el vaciamiento de contenidos tras un manejo críptico del lenguaje, y amparado en el relativismo epistemológico, deliberadamente confunde los conceptos, problemas y metodologías de las ciencias sociales con los de las disciplinas naturales y matemáticas. Brevemente, Sokal y Bricmont lo explicitan en un párrafo no carente de humor irónico:

Si un biólogo quisiera utilizar en su campo de investigación nociones elementales de topología matemática, de la teoría de conjuntos o de geometría diferencial, se le pedirían explicaciones y sus colegas no tomarían demasiado en serio una vaga analogía. Sin embargo (...), para Lacan, la estructura del neurótico coincide exactamente con la del toro (...), para Kristeva, el lenguaje poético puede teorizarse en términos de la cardinalidad del conjunto (...) y para Baudrillard, las guerras modernas tienen lugar en un espacio no euclidiano (...): todo ello sin la menor explicación. (Sokal y Bricmont, 1999: 22).

Esta ironía, por otra parte, será una constante en todo el libro, pues la pretensión de los autores de ser tomados en serio pasará para el lector, en la actualización del problema, por la veraz evaluación teleológica y de contenidos más que por el trabajo sobre la presunta labilidad epistémica del postestructuralismo, ya efectuada anteriormente en el hipotexto y para el que los físicos necesitaban de cierto distanciamiento paródico.

Si bien se afirma entonces que «Transgrediendo las fronteras: hacia una hermenéutica de la gravedad cuántica» presenta un acuerdo aparente entre las tesis del narrador y las de los autores post-estructuralistas, e *Imposturas Intelectuales* rompe esa deixis entre sistema del texto e hipersistema de Sokal- Bricmont, ambos textos comparten sin embargo las mismas cuestiones de fondo: la competencia de los productores en los distintos campos del saber, el problema de la transferencia del conocimiento a diferentes áreas de aquella en la que surgió y, finalmente, la preocupación por la *episteme* científica, que se vería fuertemente atacada por estas manipulaciones. En palabras de Sokal y Bricmont:

El posmodernismo tiene tres efectos negativos principales: una pérdida lastimosa de tiempo en las ciencias humanas, una confusión cultural que favorece el oscurantismo y un debilitamiento de la izquierda política (223) el problema más importante estriba en que cualquier posibilidad de realizar una crítica social que pudiera llegar a quienes no están convencidos de antemano (...) resulta absolu-

<sup>5</sup> La aparición en escena del hipotético enunciador no tiene implicancia alguna a nivel de contenidos en la teoría de la relatividad einsteniana, lo que parece haber confundido a Latour, quien sin embargo, parafraseando una burla de Sokal y Bricmont, insiste con haberle enseñado algo a Einstein (129-137).

tamente imposible a causa de los prejuicios subjetivistas. Si todo discurso no es más que un «relato» o una «narración» y si ninguno es más objetivo o más verdadero que otro, entonces no queda otro remedio que admitir las teorías socioeconómicas más reaccionarias y los peores prejuicios racistas y sexistas como «igualmente válidos», al menos como descripciones o análisis del mundo real (suponiendo que se admita la existencia de éste). (1999:226).

Esta polémica no es nueva; ya Karl Popper rozaba los problemas del relativismo epistémico cuando se refería despectivamente, y por citar sólo una de las teorías que denominara «pseudocientíficas», a «la interpretación racista de la historia, otra de esas imponentes teorías que todo lo explican y que ejercen el efecto de revelaciones sobre las mentes débiles» (1983). Sin embargo, la crítica popperiana se inscribe dentro del proyecto de testabilidad de las teorías científicas, y es en este marco donde propugna la discusión. En Sokal- Bricmont, en cambio, hay una postura más compleja: por un lado, el cuestionamiento de las premisas ideológicas externas que atacan a los sistemas comprensivos racionales —específicamente, la ciencia—, tanto desde las políticas de financiamiento como a partir del giro lingüístico post-estructuralista, sobre el que se centra el análisis; por otro, la reticencia a aceptar un colonialismo interno dentro del campo particular de la ciencia, tensión que decide sobre las metodologías, los presupuestos y los contenidos mucho más de lo que la dupla de matemáticos está dispuesta a reconocer.

2. La publicación del texto de ambos autores suscitó una polémica que no tardó en dirimirse en los mass-media. Aquel casi inocuo artículo aparecido en una revista prestigiosa de *Cultural Studies*, se transformó pronto en el llamado «affaire Sokal», como fue conocido en los medios, y generó las reacciones más dispares. La exposición mediática de Sokal fue censurada por algunos miembros de la comunidad científica, al evaluar que los ámbitos de discusión elegidos, mediante la estrategia de banalizar la información y cargar tintas sobre la espectacularidad de los protagonistas, provocaban un efecto irónico-estructural, neutralizante del verdadero sentido del debate. No voy a desarrollar aquí esta tesis, que por otra parte ya ha merecido el agudo comentario de Dardo Scavino (1999); me interesa, sin embargo, considerar el arbitrio de una determinada formación, como la de los medios de comunicación, en tanto espacio no pertinente para debatir sobre la ciencia. Para esto es operativo el concepto de campo científico, definido por Pierre Bourdieu como

...el lugar (es decir, el espacio de juego) de una lucha competitiva que tiene por desafío específico el monopolio de la *autoridad científica*, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social, o, si se prefiere, el monopolio de la competencia científica que es socialmente reconocida a un agente determinado, entendida en el sentido de capacidad de hablar e intervenir legítimamente (es decir, de manera autorizada y con autoridad) en materia de ciencia. (1994:131).

De acuerdo con esta definición, puede afirmarse que los actores que ocupan una posición dominante en el campo de la ciencia, utilizan como otra estrategia de conservación del poder la disociación entre un *locus* legítimo, donde es posible hablar con autori-

dad del discurso científico, y otro lugar espúreo, el que roza la frontera de la divulgación científica y es alimentado por los medios de reproducibilidad técnica, juzgado como espacio reificador de dicho discurso y en consecuencia sin mayor crédito en la comunidad científica. A propósito de ello, Bourdieu ejemplifica con la transcripción del juicio emitido por el editor de un periódico oficial americano en física,<sup>6</sup> que anuncia el rechazo para publicación de los artículos ya editados por la prensa periódica, al tiempo que justifica esa decisión en la ausencia de sensacionalismo del contenido y simultaneidad de la información, considerados inherentes a los mass-media. (136).

El hecho de infringir esta distinción entre publicación y publicidad, trae como consecuencia, como señala Bourdieu, el descrédito entre los pares competidores. Pero a la vez establece la existencia de un campo antinómico, donde se discuten las instancias de legitimidad, espacio en que la estrategia de los actores dominantes «no es más que una *ficción oficial* que no tiene nada de ficticio porque la eficacia simbólica que le confiere su legitimidad le permite cumplir una función semejante a la que la ideología liberal reserva para la noción de opinión pública» (137). Sin embargo, dicha ficción aparece relativizada por Sokal y Bricmont, al tomar partido por la publicación de autoridad y relacionar las obras de divulgación científica con un carácter especulativo no siempre verificable (212).

El reduccionismo de considerar, en las ciencias naturales, la inadecuación entre resultado y contexto como práctica coyuntural asociada a instancias de legitimidad aleatoriamente inadecuadas, sugiere un enfoque no conflictivo del tema, que es abordado desde dos esferas diferentes, y a partir de interrelaciones no traumáticas: por un lado, la denotación del discurso, aséptica y verificable, por otro, una actitud política extrínseca, de la que se puede echar mano como *deus ex machina* para resolver el conflicto epistemológico. En este funcionalismo de la ciencia, Sokal y Bricmont no parecen tener en cuenta que

Ni en el campo científico ni en el campo de las relaciones de clase existe instancia alguna que legitime las instancias de legitimidad; las reivindicaciones de legitimidad obtiene su legitimidad de la fuerza relativa de los grupos cuyos intereses expresan: en la medida en que la definición misma de criterios de juicio y de principios de jerarquización refleja la posición en una lucha, nadie es *buen juez* porque no hay juez que no sea juez y parte. (Bourdieu, 1994:138).

Este dilema de ser juez y parte en las fuerzas representativas de intereses encontrados, responde a una tensión interna que opone dos principios de jerarquización de las prácticas científicas: observación/experimentación (relacionada con disposiciones y capacidades particulares), versus teoría/intereses, polémica que siempre ha agitado las aguas de la teoría del conocimiento, y que según Jürgen Habermas, la moderna teoría neopositivista de la ciencia se ha esforzado en unificar, o dicho de otro modo, en negar su derecho a existir (1989).

En Sokal-Bricmont prevalece, no siempre de modo expícito, una tendencia hacia el

<sup>6</sup> Es cita de un texto de Fred Reif (1961: 1957-1962).

axioma empírico en perjuicio de la textualidad que construye el discurso científico y que inevitablemente llevará consigo, para decirlo en términos kantianos, los juicios sintéticos del sujeto cognoscente. Esta percepción del fenómeno aparecerá obliterada en el énfasis empírico, del que la enunciación de teorías se asume como consecuencia natural e inmediata de rigurosa aplicación metódica y no como dialéctica que retroalimenta en forma permanente tanto al concepto surgido de la observación como al sujeto enunciador, mientras permite a éste último, en la dinámica del proceso, una autorreflexión sobre su práctica.

3. La preocupación por las disposiciones de la verificación y experimentación, daría una clave de lectura del texto: la de la relación entre conocimiento e interés, es decir, la de una articulación entre la teoría crítica del conocimiento y las formas de apropiación de la producción material resultantes de dicho proceso reflexivo. Como estrategia despolitizadora de esta cuestión, los autores insisten en la disociación del campo científico en ciencias «duras» y «blandas», desde el punto de vista de la aplicabilidad de programas unitarios, no del ajuste a los objetos de estudio.

Si bien es posible acordar con Sokal y Bricmont en que «las ciencias sociales tienen sus propios problemas y sus propios métodos; no precisan seguir cada 'cambio de paradigma' —real o imaginario— de la física o la biología» (206), y estos problemas sin duda merecerían el análisis autorreflexivo de las ciencias analítico-hermenéuticas, no es ocioso tener en cuenta lo siguiente:

El persistente dualismo que en la *práctica* de la investigación aceptamos como algo obvio, ha dejado ya de discutirse en el marco de la *lógica* de la investigación. Ya no se dirime en el plano de la teoría de la ciencia; se limita a encontrar su expresión en la yuxtaposición de dos sistemas de referencia. (Habermas, 1988: 81).

Sin embargo, lo que no tiene más que operatividad procedimental, es elevado por Sokal y Bricmont a una categoría central, y ello como petición de principio, no tanto como cuestionamiento a los presupuestos epistemológicos: parafraseando a Habermas, el intento de los físicos volvería a poner en marcha el movimiento de Kant a Hegel, pero —acotaríamos nosotros— sin innovar en una crítica trascendental del lenguaje. De otra forma, ¿cómo se justifica la afirmación: «Sin duda, las ciencias naturales gozan de un enorme prestigio, incluso entre sus detractores, debido a sus éxitos teóricos y prácticos»(212)? Mediante un mecanismo retórico de ironía estructural (presentando como nodal lo que es demanda funcional, el mentado dualismo de las ciencias, y como contingentes los aspectos político-institucionales del campo científico), Sokal y Bricmont resuelven la cuestión subvirtiendo los términos del problema. En este punto se puede coincidir con Enrique Marí, para quien el verdadero objetivo del libro es

replantear en el nivel académico la vieja discrepancia entre ciencias físico-naturales y ciencias sociales, entre ciencias duras y ciencias blandas, depositando en las primeras la totalidad del «poder», entendiendo por poder tanto el cognoscitivo como el político-económico relacionado con la distribución de fondos para la

investigación. Sólo con inocencia se podría creer que el libro de estos físicos<sup>7</sup> (...) es neutral a todos estos problemas. (1999:8)

La neutralidad valorativa es dirimida en un uso inmanente del lenguaje. Pero se olvida que, en la vinculación entre la teoría del conocimiento y el interés,

La *unidad de la argumentación* es compatible con una *constitución diferencial del sentido de los dominios objetuales*. La argumentación se halla en *todas las ciencias bajo las mismas condiciones*, que son las de la resolución discursiva de las pretensiones de verdad. Estas condiciones de una racionalidad **no restringida en términos científicistas pueden esclarecerse en el marco de una lógica del discurso teórico**.<sup>8</sup> Entonces las determinaciones universales de la crítica, que el racionalismo crítico autonomiza como «método» frente a las normas fundamentales del habla racional, adquieren también su derecho. (...) Por otra parte, la tan bien fundada *diferenciación* de los objetos de la experiencia posible no puede ser utilizada como *objeción* contra la unidad de la argumentación ni como objeción contra la apertura del progreso teórico, es decir, a la diversidad (...) de las interpretaciones científicas del mismo dominio objetual. (Habermas, 1989: 319).

Pero el funcionalismo de los físicos impide, como se ha visto, esa unidad argumentativa al establecer, en términos científicistas, la separatividad entre las ciencias nomológicas y hermenéuticas,<sup>9</sup> y elevarla al plano teórico. De ese modo necesitarán de una parodia autorreferencial, es decir, de una impostura muy similar a la criticada, para restituir como discurso coherente y unificado a la siempre ideológica diferenciación de los dominios objetuales.

4. Tiene sentido en este punto replantearse para *Imposturas intelectuales*, la pregunta que Sokal y Bricmont se habían formulado a propósito de los «excesos» del posmodernismo y del relativismo epistémico: ¿cómo se ha llegado hasta aquí?. Los autores señalan en primer lugar el olvido de lo empírico; *hic et nunc* podría cambiarse por la amnesia de lo histórico. En el texto de Sokal y Bricmont aparece la escritura de lo que Thomas S. Kuhn denomina «ciencia normal», es decir, toda práctica de investigación a partir de la tradición científica «que alguna comunidad científica particular reconoce, durante cierto tiempo, como fundamento para su práctica posterior» (1982: 33); no obstante, Kuhn postula la irrupción de nuevos paradigmas históricos, cuya función es revolucionar el esquema conceptual de la ciencia y más tarde facilitarle una progresiva normalidad. Si bien se puede seguir a Bourdieu en el razonamiento de que esta tesis es «la contracara del modelo positivista» (:148), al permitir, sin fricciones, el paso de un sistema epistemológico a otro, al menos

<sup>7</sup> El paréntesis omite, en función de una necesaria síntesis, la mención de conceptos como «enunciados sin sentido», «verificación de proposiciones», etc., que Marí encuentra en *Imposturas intelectuales* y juzga perimidos «por las nuevas corrientes de la epistemología dadas sus aristas dogmáticas y su deseo de imponer un corsé al pensamiento» (8)

<sup>8</sup> El uso de negrita me pertenece.

<sup>9</sup> Tomo esta terminología distintiva de J.Habermas, 1988.

enuncia la posibilidad de una ruptura histórica de la ficción oficial dominante que no parecen contemplar Sokal y Bricmont; por el contrario, la crítica a Kuhn de estos físicos se fundamenta en que aquél «está convencido de que los cambios de paradigma se deben principalmente a factores no empíricos» (86). Para ellos toda dinámica es autorregulada por una verificación empírica siempre capaz de salvaguardar un discurso monológico de las prácticas científicas; apenas los textos disidentes de Niels Bohr (1958) son comentados como «objeto de fuerte polémica por parte de muchos físicos y filósofos de la ciencia» y tildados de «subjetivistas» (277), o aparece, en la parte paródica, una manipulación de los textos de Heisenberg (1958)<sup>10</sup> análoga a la que se denuncia acerca del teorema de Gödel.<sup>11</sup> Este pensar en un contexto empírico, fuera de la historia, no se condice con la crítica política esgrimida contra el oscurantismo para rescatar lo que «históricamente, ha sido el principal valladar contra esas locuras, es decir, una visión racional del mundo» (225-226). Visión contradicha en parte por su propio sesgo antimaterialista, o lo que es igual, reacio a la unidad de la argumentación trascendental que el discurso hace factible pensar:

Los niveles de la conciencia fenoménica están determinados mediante reglas trascendentales tanto de la concepción del mundo como de la acción. En este marco la «naturaleza objetiva» se da, en cada caso, a un determinado sujeto social. Pero este marco mismo se modifica históricamente dependiendo de una «naturaleza subjetiva», que a su vez ha sido conformada por los resultados del trabajo social. (Habermas, 1989: 38).

Sin esta posibilidad efectiva de síntesis, la naturaleza objetiva no incorpora la autocomprensión, y todas las hipótesis legaliformes que puedan formularse respecto de ella mantendrán un efecto de extrañamiento en el sujeto histórico.

5. En relación al posmodernismo epistemológico, quizá *Imposturas intelectuales* haga una descripción acertada de sus lacras con los sistemas referenciales mentados, pero poco nos dice sobre los procesos de génesis de la ciencia, su inserción en las políticas estatales y el impacto en la vida cotidiana de sus resultados, cuando decide por ejemplo cargar el anatema contra Foucault y Kuhn, al hablar de las «raíces» de un entramado tan complejo (227-228). Es más interesante su *desiderata*, su programa a futuro o esperanza de una «cultura racionalista pero no dogmática, con mentalidad científica pero no científicista, amplia de miras pero no frívola, políticamente progresista pero no sectaria» (229). Lo que ya no queda muy claro es cómo puede, en la crisis de la modernidad, una recidiva de idealismo neokantiano realizar esa operación de síntesis.

Es sugestivo que la «Introducción» al texto se abra con palabras del físico Stanislaw Andreski; un epígrafe tomado de la obra *Las ciencias sociales como forma de brujería*

<sup>10</sup> «Digamos de pasada que los no científicos seriamente interesados en los problemas conceptuales planteados por la mecánica cuántica ya no necesitan depender de la divulgación/vulgarización publicada por Heisenberg, Bohr y diversos físicos y autores de la *New Age*». (1999: 290).

<sup>11</sup> «El segundo teorema de Gödel afirma que, si el sistema no es contradictorio, es imposible demostrar esa propiedad utilizando los medios formalizables en el sistema» (60).

(1973) insiste en que el avance lógico (y para él, el mejor ejemplo lo constituyen las ciencias naturales) del saber acabará atentando contra el orden tradicional, mientras que la confusión de ideas (entiéndase, el delirio posmoderno, para Sokal y Bricmont) no conduce a ninguna parte ni causa impacto alguno sobre el cuerpo social. La idea para llevar adelante tal empresa está en contradicción con el enfoque sincrónico del problema, y no se detiene en analizar –cuando las nombra– las tensiones que culminan en una actitud colonial de la ciencia hacia el poder, cuestiones sí advertidas por el post-estructuralismo. O por Bourdieu, cuando asevera: «La ciencia no tiene nunca otro fundamento más que la creencia colectiva en sus fundamentos, que produce y supone el funcionamiento mismo del campo científico» (1994:151). Su colonialismo interno está dado por la *doxa*, por los presupuestos que el campo no discute, censura que se ejerce sobre «el consenso sobre los objetos de disenso, los intereses comunes que están en el principio de los conflictos de interés, todo lo indiscutido y lo que tácitamente se considera afuera de los límites de la lucha» (Bourdieu, 1994 :152).

Por lo expuesto, si el texto de Sokal y Bricmont no aporta una crítica substancial respecto del posmodernismo como pretendía, y por tanto, resulta irónico a su pesar, sin llegar a parodiarse a sí mismo, en cambio sí puede decirnos mucho acerca de una ciencia conflictiva, y en especial, para las humanidades, dejar como corolario que no tenemos por qué renunciar a emitir hipótesis legaliformes sobre el mundo, esto es, a comprender dialécticamente su «naturaleza objetiva», ni tampoco hay razón –fuera de las establecidas por el campo, y pasibles de análisis o negociaciones– para hacer esas operaciones presos de todo reduccionismo científicista que nos priva de una mirada como sujetos históricos, interpretativos e interesados.

## Bibliografía

- Andreski, S. *Las ciencias sociales como forma de brujería*. Madrid: Taurus, 1973.
- Bourdieu, P. «El campo científico», en *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes, 1994, volumen 1, número 2, 130-160.
- Habermas, J. *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos, 1988.
- Habermas, J. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus, 1989.
- Kuhn, Thomas S. *La estructura de las revoluciones científicas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Marí, Enrique. «Las oscuridades del lenguaje», en *Suplemento Cultura y Nación. Diario Clarín*, 2/5/99. Buenos Aires.
- Popper, K. [1972] *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona: Paidós, 1983.
- Scavino, Dardo. *La filosofía actual. Pensar sin certezas*. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- Sokal et al. *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós, 1999.